



“La crítica a la ideología colonizadora de España”

p. 453-472

Juan A. Ortega y Medina

Obras de Juan A. Ortega y Medina, 7. Temas y problemas de historia

María Cristina González Ortiz y Alicia Mayer (edición)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas
Facultad de Estudios Superiores Acatlán

2019

712 p.

ISBN 978-607-02-4263-2 (obra completa)

ISBN 978-607-30-1390-1 (volumen 7)

Formato: PDF

Publicado en línea: 1 de junio de 2020

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/704/temas_problemas.html

D. R. © 2020, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México



La crítica a la ideología colonizadora de España

453

El mero enunciado de la ponencia nos lleva de la mano hacia un ya, un tanto, viejo tema crítico: mejor sería decir hispánico-contracrítico, que a principios del siglo en curso, hacia 1912, para ser más precisos, inició su periplo historiográfico defensivo dentro del mundo hispánico. Sin duda se habrá ya caído en la cuenta de que nos referimos a la famosa “leyenda negra”, o crítica demoleadora, primeramente extranjera (italiana, holandesa, inglesa, francesa, alemana y norteamericana) y posteriormente, por causa de la ideología liberal decimonona, hispanoamericana autodenigratoria, dogmática o matricidal, como la califica con inolvidable acierto el historiador e hispanista norteamericano Philip Wayne Powell, por el hecho de haber adoptado y hecho suya Hispanoamérica dicha leyenda.¹

Para situarnos en el tema tenemos que referirnos breve y sintéticamente al contenido, la invención, la proyección y la expansión del tema melainoso y legendario, porque el análisis de tal contenido nos revela el gran pretexto justificatorio para la crítica de la obra colonizadora de España en América.

¹ Véase el capítulo 6 de Philip Wayne Powell, *Tree of Hate. Propaganda and Prejudices Affecting United States Relations with the Hispanic World*, Nueva York/Londres, Basic Book, 1971.

Para ello debemos analizar rápidamente algunos de los tratadistas modernos que, a partir de 1919, han estudiado el tema de la leyenda negra, sus orígenes, crecimiento y expansión.

Según el sociólogo español Julián Juderías, acuñador del término, en *La leyenda negra* se encuentran las raíces del antihispanismo,² que a partir del siglo XVI hasta 1912 (fecha en que él publicó su libro) y tras los talones de la Reforma protestante, de la tradición heterodoxa luterana y calvinista, descalificó la obra colonizadora y contrarreformista del imperio español y, en general, el carácter de los españoles, a los que estereotipada y populachosamente, inclusive en nuestros días, se les considera ignorantes, fanáticos, orgullosos, villanos, tiránicos, oscurantistas, haraganes, traicioneros, lascivos, mentirosos y, sobre todo, crueles y codiciosos, y en más de un caso hasta sométicos. Lo peor para nosotros, hombres hispánicos, no es que se pintase así a los españoles de la época imperial, sino que tales estereotipos se hicieron extensivos a todos los nacidos en Hispanoamérica. Sintiéndolo así, un argentino, Rómulo Carbia, una vez superados en su patria los excesos políticos, propagandistas de la etapa liberal, escribió su *Historia de la leyenda negra hispano-americana* y de la propaganda antiespañola masónica (Buenos Aires, 1943), donde analiza el desarrollo del antihispanismo en la América española durante las guerras de Independencia y lo hace heredero directo de la influencia lascasasiana. A Carbia se le ocurrió explicar los estupendos y sobrecogedores grabados de De Bry, poniendo a lado de cada uno de ellos el texto de la *Brevísima* que inspiró al calvinista y propagandista gran grabador. Carbia asimismo dedica todo un capítulo para demostrar la utilización por parte de los liberales hispanoamericanos de la leyenda negra, adaptándola y ampliándola con ejemplos propios.

Otro historiador argentino, Raúl A. Molina, más cercano a nosotros en sus *Misiones argentinas en los archivos europeos* (México, 1955) se refiere a una “leyenda de odio”, exclusiva y totalmente argentina, que ha obstaculizado seriamente el misionismo histórico en el análisis del sistema político, económico y social del periodo colonial. Los primeros números de la *Gazeta de Buenos Aires*, los manifiestos patrióticos independentistas, el *Bosquejo* del deán Tunes y sobre todo el *Manifiesto dirigido a todas las naciones* (1816), recurren

2 Julián Juderías, *La leyenda negra. Estudios acerca del concepto de España en el extranjero*, Barcelona, Araluce, c. 1914.

a la justificación del movimiento apoyándose en la leyenda negra relativa al sistema de devastación de los indios sudamericanos proseguido durante trescientos años, además de incluir todas las quejas criollas sobre las restricciones peninsulares en todos los terrenos. La hispanofobia justificadora fue general en toda Hispanoamérica y muy particularmente en Argentina, así por lo que tocaba a la llamada “Escuela Filosófica” (Sarmiento, Alberdi, Echevarría, Juan María Gutiérrez y Juan Agustín García) como a la “Escuela Científica” (Trelles, Mitre, Quesada, Madero y Groussac); y ambas escuelas coincidieron en cultivar una entusiasta xenofilia con la siguiente secuela comparativa entre el mundo anglosajón progresista y democrático y el mundo español retardado, absolutista y enemigo de la libertad.³

El que fuera en cierto modo primer embajador de Inglaterra en nuestro republicano México, Henry George Ward, en su libro *México en 1827* se extrañaba y juzgaba absurdo el “oír a los descendientes de los primeros conquistadores (ya que estrictamente hablando, eso eran los criollos) acusar gravemente a España de todas las atrocidades que sus propios antepasados cometieron; oírlos invocar los nombres de Moctezuma y de Atahualpa, explayándose sobre las miserias que habían sufrido los indios y esforzándose por descubrir alguna afinidad entre los sufrimientos de esa sumisa raza y la suya propia”.⁴ Pero el absurdo no lo fue tanto supuesto que durante todo el siglo XVIII las críticas demoleadoras contra el imperio español procedentes de la Ilustración francesa fueron absorbidas y hechas suyas por nuestros criollos ilustrados. Por ejemplo Salvador de Madariaga sostiene que el libro de Guillermo Raynal, *Historia de las Indias*, constituyó “el evangelio de los emancipadores y libertadores”.⁵ Esto quiere decir, ni más ni menos, que los principios críticos de la leyenda negra formaban ya parte de su propia mentalidad autocrítica, deshispanizante.

Para el sueco Sverker Arnoldsson los orígenes de la leyenda negra se remontan a los primeros días del renacimiento italiano, cuando el imperio marítimo catalán-aragonés disputó a las repúblicas italianas la supremacía

3 Nosotros hemos utilizado la versión incluida en Charles Gibson, *The Black Legend: Anti-Spanish Attitudes in the Old World and the New*, Nueva York, Alfred A. Knopf, 1971, p. 196-205.

4 Henry George Ward, *México en 1827*, traducción de Ricardo Hoas, México, Fondo de Cultura Económica, 1981, p. 46.

5 Véase Salvador de Madariaga, *The Rise of the Spanish American Empire*, Nueva York, Macmillan, 1947, p. 173.

mercantil en el Mediterráneo; de aquí el resentimiento contra estos hombres ibéricos, “rudos, ignorantes, sin intereses intelectuales”.⁶ El antihispanismo italiano se verá alimentado además por el “Saco de Roma” y la lucha por Sicilia, Cerdeña y Nápoles. Pero como apunta juiciosamente William S. Maltby, aunque la leyenda negra sea de origen italiano, puesto que escritos antiespañoles surgieron en Italia antes que en cualquier otra parte, no explica el historiador sueco “cómo los sentimientos de los italianos se transmitieron al resto de Europa”;⁷ es decir, a las potencias nórdicas que desde el siglo XVI (Inglaterra, Holanda y Francia) disputaron a España el dominio del mar y, por ende, el imperio ultramarino.

No está en nuestro propósito analizar la obra ferozmente crítica y desafortada del celoso y cristianísimo defensor de los indios, nuestro famoso padre Las Casas, quien sin sospecharlo siquiera, al publicar su *Brevísima relación de la destrucción de las Indias* (1552) dedicada al rey Felipe II, proporcionó a los antagonistas del imperio el arma propagandística más eficaz y contundente que esgrimir contra España y contra los españoles a partir de esa fecha. Crueldad y codicia (*auri sacra fames*) de los conquistadores y aniquilación de los mansos y dulcísimos indios. La más poderosa autoacusación que jamás ninguna nación se hubiera atrevido a hacer se publicaba en Sevilla e inmediatamente era vertida a todos los idiomas europeos históricamente más importantes para justificar los apetitos coloniales de los que en el siglo XVI se quejaba, según cuenta Jovio, de que el testamento de Adán hubiese favorecido únicamente a las dos naciones ibéricas. En manos de los competidores del imperio, uno de los monumentos más sobresalientes del humanismo español y de su sentimiento de justicia se convertiría irónicamente en el acta acusatoria más terrible que nunca se haya enarbolado contra un pueblo en su historia.⁸ La crítica interna de Las Casas (no fue, éste, como es sabido, el único denunciante), así como la de la notable corriente iusnaturalista española del siglo XVI (derecho natural de sociedad y de comunicación), no fue tolerada en el resto de la Europa cristiana, ni mucho menos en la Inglaterra tudoriana; la

6 Sverker Arnoldsson, *La leyenda negra. Estudios sobre sus orígenes*, Göteborg, Almqvist & Wiksell, 1960, p. 12-13.

7 William S. Maltby, *La leyenda negra en Inglaterra. Desarrollo del sentimiento antihispánico, 1558-1660*, traducción de J. J. Utrillo, México, Fondo de Cultura Económica, 1982, p. 14.

8 *Ibidem*, p. 23.

libertad de palabra durante el Siglo de Oro llegó a ser casi exclusiva de los españoles⁹ de aquel entonces, e incluso hoy alude a la mordaza inquisitorial que hizo de los españoles unos entes temerosos, fanáticos y mentalmente mediatizados. Para desacreditar cada vez más a los españoles, los celosos protestantes tradujeron también la obra de Agustín de Zárate (*Historia del descubrimiento y la conquista del Perú*); la de Pedro Mártir de Anglería (*Décadas del Nuevo Mundo*), la de Francisco López de Gómara (*Crónica de la Nueva España*) y la del Inca Garcilaso (*Comentarios reales*) casi con el único propósito de mostrar a sus presuntos lectores las perversidades de los conquistadores. Las excerptas de Hakluyt durante la época isabelina, así como la continuación de las mismas por Samuel Purchas, no sólo tienen por objeto despertar la ambición imitativa de los ingleses mediante la inclusión de crónicas e historias españolas, sino fundamentalmente provocar el descrédito español: tal por ejemplo la inclusión de la historia de Lope de Aguirre, según la narra López Vaz y la *Crónica* del padre Jerónimo Benzoy, denunciantes, como el modelo Las Casas, de torturas y explotación de los indios, así como de las depravaciones del clero regular. Desde luego estos y otros muchos materiales recopilados y traducidos sobre la conquista española fueron los que conocieron los ingleses de los siglos XVI y XVII; pero éstos no quisieron ni pudieron ver, dadas sus ansias mercantilistas y sus obsesiones político-religiosas reformistas, la objetividad y buena fe crítico-polémica de los cronistas e historiadores españoles y las denuncias de toda clase de abusos. En última instancia lo que se intentaba demostrar era la incapacidad moral, económica y política de los españoles en las Indias y la necesidad imperiosa de reemplazarlos en el dominio y explotación de las mismas. Las lágrimas por los indios, que en cataratas de panfletos (ingleses, holandeses, franceses, etcétera) se vierten durante los dos primeros siglos del conflicto, son lágrimas de cocodrilo que enmascaran los voraces apetitos de la nueva clase burguesa capitalista ya santificada (justificada) por el puritanismo.

El principal portavoz y consultor de esta ambiciosa clase lo fue en la Inglaterra isabelina el clérigo, diplomático, propagandista y gran historiador Richard Hakluyt, que influyó de modo decisivo en la expansión inglesa iniciada en el siglo XVI, así como en el desarrollo concomitante del descrédito español en Europa, por ser uno de los atizadores y contribuyentes de la leyenda

⁹ *Ibidem*, p. 20.

negra. Sus *Principales viajes, tráficos y descubrimientos de la nación inglesa* representan un despabilante mensaje a la amodorrada Inglaterra, a la que se incita a la expansión más allá del océano. La versión inglesa de la leyenda negra posee ya en esta colección sus rasgos fundamentales. Los españoles resultan más traicioneros y crueles que otros pueblos y, para probarlo, incluye entre otras informaciones el relato del propio John Hawkins relativo a su derrota en San Juan de Ulúa en 1568. El relato de la aventura hugonote de la expedición de René Laudonnière fue publicada por Hakluyt en Londres, en 1587, y después apareció en todas las subsiguientes versiones de *The Principle Navigations Voyages*. El objetivo del compilador inglés al publicar *Una notable historia en la que se contienen los cuatro viajes realizados por cierto capitán francés a la Florida*, ya podemos suponerlo: la bárbara matanza de los franceses (horca y degüello) a mano de los españoles comandados por el extraordinario marino y soldado Pedro Menéndez de Avilés. Hakluyt presenta esta carnicería para ejemplificar las “hazañas” españolas y condenarlas; viva hipocresía pues en aquellos tiempos las masacres estaban a la orden del día y eran practicadas dado el caso en todos los pueblos de Europa. Incluyó también Hakluyt el informe de Lawrence Keymis, lugarteniente de Sir Walter Raleigh, y “La última lucha de la venganza” de éste, donde no falta por supuesto el eco lascasiano relativo a la matanza de millones de inocentes indios, pasados a cuchillo por los sanguinarios carniceros españoles. Éstos no presentan ni siquiera una virtud redentora: constituyen una raza maligna dejada de la mano de Dios; por consiguiente, como escribe Maltby, al que hemos seguido fielmente para interpretar la obra de Hakluyt, “Ni el más escrupuloso de sus lectores podría sentirse culpable de apoderarse de tierra y propiedades españolas después de hojear los *Principle Voyages*”.¹⁰ El famoso *Discurso concerniente a la colonización occidental* es bien cierto que no se publicó en 1877; mas parece no menos seguro que circuló el manuscrito entre cortesanos y empresarios (1583), porque el aventurero mensaje estaba dirigido a la nueva clase empresarial cuyas apetencias comerciales y colonialistas se veían obstaculizadas por el estricto monopolio y exclusivismo españoles. Por supuesto recurre, como hemos visto, al padre Las Casas para poner de manifiesto en unas cuantas páginas la brutalidad y la naturaleza depravada de los conquistadores españoles, así como la vana ostentación y repugnante codicia de los mismos. Esto último quería decir que

¹⁰ *Ibidem*, p. 92.

era el momento apropiado para sin mayores dificultades establecer una colonia en el Nuevo Mundo, dado que, según Hakluyt, el número de colonos españoles era reducido (lo que era verdad) y las naciones indias sometidas a España estaban en franca rebeldía (lo cual no lo era).

En 1580 apareció la famosa *Apología* escrita por el príncipe de Orange con el auxilio de sus ministros de propaganda, Jacobo van Wesenbeke y Marnix van Sainte Aldegarde, en donde el objetivo no es sólo ennegrecer al máximo la figura de Felipe II sino hacer extensiva la vituperosa negrura a todo el pueblo español. Constituyó una poderosa, formidable y astuta arma propagandística que convirtió al *Taciturno* en el gran héroe político de la hispanofobia en toda Europa: el campeón nórdico contra el villano sureño; la libertad frente a la tiranía; David contra Goliat, protestantismo contra catolicismo.¹¹ Pero lo que nos interesa en este vitriólico panfleto no son los cargos contra el “Demonio del Mediodía”, sino una vez más el empleo estereotipado y demostrativo de la crueldad española, única en su género, mediante citas tomadas de la *Brevísima*, relativas a la muerte de los indios a manos de los españoles, sin olvidar naturalmente, como podía leerse en otro panfleto, la espeluznante cifra de los veinte millones asesinados tan sólo en La Española, lo que ponía al descubierto la perversidad de la conquista y la colonización hispanas, y, excusada, como en el caso inglés, la justificación de todas las posibles, deseados y futuros despojos. Para probar su verdad escribe que en las Indias los españoles “han cometido excesos tan terribles que todas las barbaridades, crueldades y tiranías perpetradas antes son sólo juegos en comparación con lo que les ha pasado a los pobres indios. Y esto –prosigue el apologista– ha sido expresado por sus propios obispos y teólogos, y con el objeto de hacer inexcusable al rey a la cara del mundo, la historia [es decir, la *Brevísima*] ha sido dedicada a él por uno de sus súbditos, el cual conserva así cierta pequeña partícula de justicia”.¹²

Quince años antes de la aparición de la *Apología*, el viajero milanés Girolamo Benzoni, que recorrió parte de la América hispana entre 1541 y 1556, publicó *La historia del Mondo Nuovo* (Venecia, 1565), en donde al igual que el padre Las Casas, si bien por diferentes motivos, censura acremente las atrocidades cometidas por los españoles contra los indios y la hipócrita justificación cristiana de la conquista. “Mis lectores –escribe Benzoni– podrán ver cuál

11 Powell, *Tree of Hate...*, p. 66.

12 En Gibson, *The Black Legend...*, p. 47.

es el sentimiento dominante de los españoles al conquistar estas naciones indias; aunque ellos se alaban mucho en sus historias de haber luchado siempre por la fe cristiana. Pero la experiencia muestra con claridad, especialmente en estos países, que ellos han combatido movidos por la avaricia”.¹³ Este vicio y los de crueldad, gobierno autoritario, corrupción laica y eclesiástica, fanatismo e hipocresía descalificaban la obra que se estaba llevando a cabo en las Indias y sumaba asimismo voluntades en todos aquellos que aspiraban a desplazar a España y participar en el reparto americano. Más aún, Benzoni trae muchos ejemplos de corrompida adoctrinación, como el de un fraile, favorito del obispo de Guatemala, que vendía vino a los indios o el de un franciscano que hacía público el hecho de que a lo largo y a lo ancho de las Indias no se encontraba ningún virtuoso sacerdote, monje u obispo.¹⁴ De esta manera el argumento fundamental español justificativo de su presencia en América, la evangelización y la salvación de los indios, quedaba en entredicho.

Hacia 1588, el año de la derrota de la Armada Invencible, el humanista y ensayista francés Miguel de Montaigne, en su ensayo sobre los coches, inesperadamente para el no avisado lector deja el tópico relativo a los carruajes y se aboca a la crítica de la conducta de los españoles en el Nuevo Mundo y al trato dado por ellos a los indios. Los españoles resultan por supuesto, crueles e hipócritas; la actitud crítica de Montaigne no es solamente antiespañola sino también antieuropea al considerar que la civilización indígena en materia de devoción, acatamiento de las leyes, bondad, liberalidad, lealtad y sencillez de trato resultaba superior a la europea cristiana. La imagen del buen salvaje, del hombre puro, sencillo, incontaminado e inocente se opone a la de los férreos, barbados y brutales conquistadores, para los cuales no fue difícil la victoria dada la disparidad entre ambos contendientes; los unos con armas de fuego y de acero, acorazados; los otros desnudos, sin otras armas que arcos y flechas, piedras, macanas y broqueles de madera. La inspiración de Montaigne proviene, como puede apreciarse, de la fuente única lascasiana. Cuán fácil habría sido, escribe el perigordés, “¡hacer provechosa nuestra inteligencia entre ellos, a cuenta de almas tan inocentes, tan hambrientas de instrucción y, en su mayor parte, con tan buenos principios!”¹⁵ La respuesta

13 *Ibidem*, p. 78-79.

14 *Ibidem*, p. 87.

15 *Ibidem*, p. 100.

española fue, por contra, tomar por la fuerza, con fiereza y crueldad, lo que no era suyo y obtener ventaja de la inexperiencia e ignorancia de los indios e inclinarlos a la traición, a la lujuria, a la avaricia y a toda suerte de inhumanidades y crueldades; es decir destruir la edad de oro en que hasta la llegada de los españoles habían vivido. La fuente ahora para Montaigne fue la *Historia* de Gómara; pero sus críticas obedecen, como lo ha visto agudamente Leopoldo Zea, a que el francés, al igual que muchos otros europeos de aquel tiempo, idealizaron en el supuesto paraíso americano su propia nostalgia y cansancio frente a los compromisos que les acarreaaba la civilización,¹⁶ de aquí, sin duda, el alegato montaigniano contra las “victorias de base mecánica”,¹⁷ es a saber, la destrucción de hermosas ciudades y el exterminio de millones de gentes, a causa del tráfico de perlas y pimienta.

La empresa o “diseño occidental” de Oliverio Cromwell contra el imperio español fue la resultante de la confabulación de varios elementos heterogéneos: la tradición lascasasiana absorbida en la lectura de la *Brevísima*, la incitación producida en Inglaterra por la obra del exdominico Thomas Gage y el celo puritano del Protector. El prólogo de la edición inglesa del opúsculo del padre Las Casas, dedicado a su alteza, Oliver, Lord Protector, es una prueba más del uso propagandístico a partir inclusive del título de la obra. La traducción reza así: “Las lágrimas de los indios. *Fiel relato histórico de las crueles masacres y carnicerías de veinte millones aproximadamente de inocentes seres, llevadas a cabo por los españoles en las islas Española, Cuba, Jamaica, etc. Y asimismo en el continente de México, el Perú y otros lugares de las Indias Occidentales, hasta completar la total destrucción de estos países.* Escritas en español por Causas [sic], testigo presencial de tales sucesos, y traducido al inglés por J[ohn] P[hillips], Londres, 1656”. Esta edición sirvió de base para el famoso melodrama de William Davenant, *La crueldad de los españoles en el Perú* (Londres, 1658). Pero no se crea que ésta fue la única edición inglesa de la *Brevísima*, pues contamos treinta y cuatro desde fines del siglo XVI hasta la mitad del siglo XVIII, lo que muestra el gran interés propalante de esta obra lascasasiana. La autenticidad de los hechos está asegurada porque la denuncia procede de la pluma de un obispo español, pero lo irónico del caso es que

16 Leopoldo Zea, *Dos etapas del pensamiento en Hispanoamérica. Del romanticismo al positivismo*, México, El Colegio de México, 1949, p. 26.

17 Gibson, *The Black Legend...*, p. 100.

los detractores del mundo hispano no tuvieron empacho en aceptar la exactitud de lo asentado no importa que proviniese de uno de aquellos descalificados eclesiásticos españoles.

Oliver Cromwell, nutrido en todos los tópicos de la leyenda negra desde su infancia, juzgaba a España como el asiento de toda inmoralidad, crueldad y opresión religiosa. En la reunión del Consejo del Protector (20 de abril de 1654) el propio Cromwell, según las notas de Edward Montagu, sentó las bases de lo que dos meses después sería su agresivo plan de atacar a la América española, el “Western Design”, y, en efecto, el 20 de diciembre de 1654 se hizo poderosa a la vela una poderosa flota. La expedición conquistadora y purificadora, puesto que fue ideada como una cruzada religiosa contra España, resultó un fracaso y los ingleses sólo consiguieron, después de muchas pérdidas, ocupar Jamaica, que apenas si contenía unos cientos de defensores entre colonos y soldados. No sólo el celo puritano de Cromwell y las posibilidades entrevistas de un colosal saqueo lo llevaron a la descabellada intentona, porque la lectura del libro del exdominico ya citado (*Nueva relación de las Indias Occidentales* (Londres, 1643) fue un extraordinario estimulante dado que la tesis del autor de la obra presentaba casi como un juego de niños el arrancar a España sus colonias para establecer en ellas un nuevo y riquísimo imperio anglosajón y antipapista.¹⁸ Cromwell había declarado que “la gloria de Dios y el avance del Reino de Cristo serían, en última instancia, el fin principal de la expedición”.¹⁹ Gage no regresó a Inglaterra y dejó sus huesos en las Antillas; el Protector había sido víctima de su propio odio fomentado por el “antihispanismo literario”²⁰ amamantado con los numerosísimos relatos de las iniquidades españolas en las Indias.

El discurso de Cromwell en la apertura del Parlamento en 1658 puede resumirse en una manifestación de despecho expresada con toda la rabia y el odio que él había acumulado de la tradición antihispana inglesa y del fracaso expedicionario de dos años antes:

Porque, en verdad, vuestro gran enemigo es el español. Él es. Es un enemigo natural, lo es naturalmente. Lo es en todo y en todas partes es vues-

18 Maltby, *La leyenda negra en Inglaterra...*, p. 151.

19 *Ibidem*, p. 151.

20 *Ibidem*, p. 153.

tro enemigo por razón de esa enemistad que hay en él contra todo lo que es de Dios, que está en vosotros o que pudiera estarlo, y que es contrario a esa ceguera y oscuridad que actúa en él conducida por la superstición y lo implícito de su fe al estar sometido a la diócesis de Roma [...]. Ese Estado es vuestro enemigo, y lo es como he dicho, de modo natural en razón de la antipatía que existe providencialmente en él en diversos aspectos. No podréis tener una paz honorable ni honrosa con él.²¹

Este discurso así como “Una declaración de su Alteza” (1655) de un anónimo autor tiene como argumento el hecho de que “España había privado a Inglaterra de su derecho, dado por Dios, de comerciar en las Indias Occidentales”.²²

El siglo ilustrado por excelencia, el XVIII, va a renovar por obra y gracia de los filósofos y escritores ilustrados franceses los tópicos de la leyenda negra en relación con el imperio colonial, a base, como no podía ser menos, de la fuente lascasasiana principalmente. El padre A. Touron en sus catorce tomos de *General historia de América después de su descubrimiento* (París, 1768-1770), una vez más insiste en que el principal obstáculo para la cristianización de los indios se encuentra en la crueldad y los desórdenes de los conquistadores. De la misma cepa histórica lascasasista, reconocida por el propio Jean Marmontel, proceden las diatribas de éste en su muy editada obra sobre *Los incas o la destrucción del imperio del Perú* (París, 1788), cuyos dos hispanóforos tomos constituyeron los “best sellers” de su centuria y de las siguientes y que llegaron a ser bien conocidos por los caudillos de la independencia de Hispanoamérica, que hicieron suyas las ideas críticas de la Ilustración francesa y con ellas la de la renovación de la leyenda negra. En la misma vena de su antecesor Montaigne, Marmontel y Touron cuestionaron la legalidad del dominio español haciendo contrastar la violencia inicial española frente a la lírica inocencia de los nativos. Luz y sombra de un trágico acontecimiento que condenaba a España y al fanatismo religioso que era la causa de los males de la Conquista y del mal gobierno español en América.

El tratamiento ilustrado dado a la leyenda negra corresponde a un siglo en que Francia e Inglaterra expanden sus imperios y entran en conflicto en el

21 En Gibson, *The Black Legend...*, p. 56-57.

22 Maltby, *La leyenda negra en Inglaterra...*, p. 150.

propio continente americano. Se aspira también a suplantar a España, y los filósofos, así como los novelistas, vuelven a sacar buen partido en el contraste dramático delineado por el padre Las Casas entre el ya indicado malvado conquistador vestido de hierro y el inocente buen salvaje desnudo, según expusimos.

Montesquieu, en su más popular obra, las *Cartas persas* (1721) satiriza a costa de la misiva que envía Rica a su amigo Usbeck, pero que había sido escrita por un francés que viajaba por España. Se burla del carácter y las costumbres de los españoles y en su obra maestra, *El espíritu de las leyes* (1748), se refiere a que para preservar la América los españoles hicieron lo que incluso el poder despótico no había intentado: “destruyó a los habitantes”.²³ Montesquieu, como típico ilustrado, generaliza cuando escribe sobre historia: los hechos concretos no le importan mayormente y por ello, inspirado en Montaigne, asienta en relación con la conquista de México:

¿Cuánto bien no podrían haber hecho los españoles a los mexicanos? Tenían una dulce religión que impartirles, pero en lugar de esto llenaron sus cabezas con una frenética superstición; pudieron haber hecho libres a los esclavos; pero hicieron esclavos de los hombres libres. Podrían haberlos desengañado respecto a los abusos de los sacrificios humanos, pero en lugar de esto los destruyeron. Nunca terminaría si tuviera que contar todo lo bueno que podrían haber hecho y todo el daño que hicieron.²⁴

Montesquieu se apoya en Las Casas y sus seguidores; escribía, como apunta J. Juderías, sobre un tema del que nada sabía,²⁵ pero su opinión era tomada en cuenta en todos los círculos intelectuales de aquel tiempo, incluidos los muy acotados y reservados nuestros, verbigracia criollos.

Voltaire en el drama *Alzire* (1736) recuerda al espectador o al lector de su obra los tópicos consagrados y bien conocidos acerca de la “sed de sangre y de oro”, “la inocencia oprimida”, “los viles bárbaros” y el “fiero español”; también en el *Cándido* (1759) alude a las reducciones jesuitas de indios en el Paraguay (paternalismo vicioso y supresión de la libertad); pero en el célebre *Ensayo*

23 Cit. Powell, *Tree of Hate...*, p. 107.

24 *Ibidem*, p. 108.

25 *Idem*.

sobre las costumbres y el espíritu de las naciones (1756), dada la moral natural del filósofo aunada a su tolerancia y racionalidad, dispara sus flechas críticas contra España y estigmatiza la persona y la figura de Felipe II. Los conquistadores resultan “reflexivamente crueles” y sus excesos de crueldad responden a que son entes enteramente sanguinarios sin que cuente para ellos la circunstancia de tiempo. El odiado rey absolutista autoriza el exterminio de los indios, y el comentario antihistórico es el siguiente: “nunca se ha dado una orden tan cruel, ni una más fielmente ejecutada”. Los comentarios del filósofo son extremadamente maliciosos e inclusive exceden los del padre Las Casas, cuyas exageraciones tienen al menos por fundamento el espíritu moral de un cristiano que protesta vehementemente, desgarradoramente, contra las injusticias hechas a los indios. La consigna de “aplastad a la infame” (a la Iglesia católica) tiene por correlato el “aplastad al imperio español”, monstruo abominable y carente de la más mínima sustentación ético-política. Con todo y ser demolidoras estas calumniosas críticas no alcanzaron la valoración ni la utilización histórico-instrumental de lo que amontona la *Historia filosófica y política de la colonización y comercio de los europeos en las Indias* (Ámsterdam, 1770) en donde el exabate Guillermo T. Raynal repite, sin dejarse una en el tintero, todas las falacias que durante poco más de dos siglos se habían vertido contra España y los españoles a cuenta de su desgobierno y violencia en las Indias. Juderías y Carbia ya dijeron todo lo que tenían que decir contra un escritor que hizo suya la famosa cuanto dañosa expresión que reza: “calumnia, que algo queda”. Para los criollos hispanoamericanos no tuvo de hecho desperdicio como fuente de todos los reproches con los que habían de juzgar a España y justificar históricamente la insurgencia y la posterior independencia. De hecho los juicios críticos de los criollos ilustrados fueron tomados acriticamente, sin cuestionar los fundamentos históricos y científicos de las críticas raynalianas. Como es sabido, Raynal no pudo publicar en Francia la obra y tuvo que hacerlo en Ámsterdam; la Inquisición francesa ordenó que el texto fuese públicamente quemado en París, en 1781; las estrechas analogías políticas entre los Borbón de allende y aquende los Pirineos (Pactos de Familia) no hacían factible que los prejuicios ya popularizados de aquel librepensador ensombreciesen las relaciones entre las dos casas reinantes, poseedoras de imperios coloniales a las que no les podía caer bien el “derecho a la insurrección” defendido por Raynal. Además, como escribe el historiador norteamericano P. W. Powell, “él dirigió su furia filosófica contra la Iglesia católica, la Inquisición, los conquistadores y contra

toda suerte de cosas que nos concordasen con la benevolencia y tolerancia con que él predicaba, pero que parecía no practicar”.²⁶ Los 19 libros de que consta la obra de Raynal representan una impresionante acumulación de datos y relatos más o menos fantásticos interrumpidos por reflexiones filosóficas, o más bien prejuicios en donde las reglas de la objetividad histórica ceden a la subjetividad del autor; empero nadie puede quitarle su condena del pretendido derecho de conquista y de anexión forzosa.

El antecedente protestante de la *Historia de América* (1777) del teólogo escocés William Robertson es la obra del director de la Compañía Indo-Occidental Holandesa, Jan Lâet, quien editó en 1630 su *Historia del Nuevo Mundo o descripción de las Indias Occidentales*. Se trata de una historia objetiva, todavía hoy utilizable avalada por un viajero en tierras americanas como lo fue Lâet, y toda ella orientada a exaltar el patriotismo de los neerlandeses a costa de rebajar y empequeñecer todo lo español. En cierto modo la obra justifica el camino para la empresa militar y comercial en Brasil (1624-1654).

Lo que la *Historia* de Lâet fue para el conocimiento holandés de América lo fue asimismo la del volteriano Robertson para los ingleses. De hecho la *Historia de América* (1777) se reduce estrictamente a la historia de la América española a partir del siglo XVI, si bien póstumamente se añadieron a la obra la historia de Virginia y la de Nueva Inglaterra (1796). El libro tercero abarca los siguientes temas: a) los descubrimientos y conquistas españoles, y, como buen inglés presbiteriano, califica por lo negativo apoyándose en la leyenda negra; b) la apología del padre Las Casas puesto que para Robertson ello significa enarbolar argumentos antihispanos. Robertson escribe su obra para cumplimentar el “compromiso” que tenía con la Inglaterra imperial, si lo consideramos en el mismo sentido en que Gage lo tuvo con la república cromwelliana. Las críticas contra el sistema político y económico del imperio muestran la incompetencia del gobierno español empeñado en anular o frenar todo intento de iniciativa privada. “El imperio –como hemos dicho en otro lugar– estaba gravemente enfermo y la vivisección histórica efectuada por Robertson descubrió el oculto cáncer que lo condenaba irremisiblemente a la muerte.”

En Francia, a partir sobre todo del siglo XVII, resurge un movimiento propagandístico poderoso que tiene en Antoine de Montchréstien su portavoz más determinante (*Traité de l'économie politique*, 1615). Éste aconsejaba a la

26 Powell, *Tree of Hate...*, p. 105.

Corona que librase a Francia de la sobrepoblación enviando a sus pobres, sanos e inocentes campesinos, a poblar el Nuevo Mundo. Se trata, pues, de una justificación *nacional* de la expansión colonialista del siglo XVIII en el que todas las grandes potencias mercantiles toman parte. Fundamentados en el padre Las Casas, como hemos observado, los Voltaire, Montesquieu, Marmon- tel, Raynal denuncian los crímenes de la conquista y de la colonización, exhibiendo la hipócrita falacia o pretextos justificatorios (religión y civilización cristianas) de tales actuaciones.

Necker se indigna contra la trata de negros y Jacker Brissot crea una Sociedad de Amigos de los Negros en vísperas de la Revolución; Voltaire denuncia la explotación del trabajo forzado y en el *Ensayo sobre las costumbres* muestra su utilitarismo inmediato al abordar el tema colonial. Aunque la colonización europea posee sus ventajas tiene como contrapartida la corrupción de las costumbres, que es provocada por la conquista, por el tráfico comercial, por la explotación de los indígenas y por las guerras entre las potencias coloniales. Montesquieu ironiza sobre el principio de la esclavitud y justifica la presencia de los negros en América, dado que había que reemplazar con esclavos la destrucción de la población aborígen llevada a cabo por los españoles.

Las críticas contra el colonialismo surgen por todos lados: Edmundo Burke, escritor y orador defiende los derechos de los colonos, ya sean éstos americanos o indios sometidos, frente a los abusos de la Corona británica (1783) y la administración colonial. El marqués de Mirabeau declaraba que los franceses carecían del genio necesario para colonizar; Bernardino de Saint-Pierre descubre los males de la administración colonial y en ello lo sigue Tocqueville. J. J. Rousseau condena el derecho de conquista y niega toda legitimidad a las anexiones basadas en la fuerza, una opinión que, como vimos, también sostiene Raynal.

Frente a la tesis del utilitarismo colonial defendida por John Lay y J. Melon (*Ensayo político sobre el comercio*, 1734), así como por el artículo “colonies” de la gran *Enciclopedia*, en nombre de las ventajas e intereses supremos de la metrópoli, surgen los demografistas como Boulanvilliers, que estiman que el beneficio comercial es aniquilado por el déficit demográfico; por la despoblación causada por la emigración hacia las colonias; saldo negativo a corto o largo plazo. Entran ahora en turno los economistas, ya se trate del banquero inglés Richard Cantillon, de fisiócratas como Mirabeau, Quesnay y Turgot, o críticos como Bentham y Adam Smith, quienes en términos generales

coinciden en que el sistema colonial debe ser condenado no sólo en nombre de la libertad de intercambio, sino también por la teoría de las inversiones. Para fisiócratas y liberales la “colonización” es un desafío a la racionalidad económica”.²⁷

Para terminar esta serie de anticolonialistas estimamos que resultará ejemplificador condensar aquí la opinión del padre Benito Jerónimo Feijoo (1676-1764), donde se valora críticamente la obra colonial española mediante argumentos teológicos y ecos lascasianos de indignación: condena de la sed de oro española; crueldad para con los indios, avaricia, matanzas incalculables de éstos: desorden español ante el mundo civilizado; exaltación y honra del obispo Las Casas: empobrecimiento de España por el oro de las Indias y condenación al infierno de todos los malos españoles.²⁸

Los conflictos del imperio con las potencias septentrionales de Europa durante los siglos XVI, XVII y XVIII, que culminaron a principios del XIX con la disolución imperial, fueron cultivando y modelando el llamado complejo nórdico de superioridad, que por supuesto implica el de nuestra latina inferioridad. Este complejo así como los elementos constitutivos de la leyenda negra pasaron de un modo natural, cultural, espiritual, religiosa y racionalmente hablando, a la nación norteamericana. Lo curioso de esta histórica y torcida interpretación es que ella comenzó a pasar de Inglaterra a las colonias, podemos asegurar a partir del primer peregrino desembarcado del *Mayflower*. Asimismo resulta expectante que el contenido cuantitativo y cualitativo de la fuliginosa y sobria leyenda no fue, ni sigue siendo distinto, salvo honrosas y escasas excepciones entre los instruidos y los ignorantes; pueblo y elite, nos atrevemos a decir, piensan temáticamente lo mismo. La hispanofobia, con todos sus elementos negativos, denigratorios, sigue siendo cultivada en las escuelas primarias y medias de los Estados Unidos pese a los esfuerzos, justo es aclararlo, que se hacen hoy en día para modificar tan arraigada opinión o vivencia. En 1944 el Consejo Americano de Educación publicó un *Informe (Report)* que ilustra la manera perniciosa y perennemente injuriosa de la enseñanza y de los textos

27 En *El anticolonialismo europeo desde Las Casas a Marx*, selección de Marcel Merle y Roberto Mesa, Madrid, Alianza, 1972, p. 26. Desde el párrafo marcado con un asterisco hasta la nota 27 hemos sintetizado al máximo el contenido de la “Presentación” de M. Merle (p. 18-26).

28 Benito Jerónimo Feijoo, *Teatro crítico universal*, selección, prólogo y notas de Agustín Millares Carlo, Madrid, Espasa-Calpe, 1975, t. IV, discurso X.

utilizados.²⁹ Si traemos ahora a colación el tema ya muy manoseado de la leyenda negra es porque dentro del ancho costal de prejuicios que la contiene cabemos todos; es decir españoles e hispanoamericanos.

Permítaseme transcribir algunos puntos de ese informe:

Punto 6. Un asunto más importante es la general perpetuidad en nuestros materiales de enseñanza, especialmente en los textos de historia que se refieren al periodo colonial de las Américas, de la leyenda negra española (y en menos grado portuguesa en relación con la ineptitud colonial, crueldad, infidencia, traición, codicia y fanatismo ibéricos. “Leyenda negra” es un término hace tiempo empleado por los escritores españoles para designar el viejo cuerpo de propaganda enderezado contra los pueblos de Iberia que comenzó en el siglo XVI en Inglaterra y que desde entonces ha sido una mañosa arma para los rivales de España y Portugal durante las guerras religiosas, marítimas y coloniales en aquellas cuatro centurias. La leyenda adquirió naturalmente un firme sostén en la anticatólica Inglaterra del periodo isabelino y fue así como llegó a formar parte de la herencia colonial de los Estados Unidos. Logró incluso un firme fundamento en los Estados a consecuencia de una serie de disputas que nuestro país tuvo con España, que comenzaron con la de 1790 y culminaron con la guerra hispanoamericana de 1898. Las perjudiciales e inexactas comparaciones entre las colonias inglesas y españolas que todavía persisten en nuestras escuelas ilustran perfectamente la continuidad de la leyenda negra. Por un natural proceso de transferencia muchos escritores de los Estados Unidos han alquitranado, desde los comienzos de la independencia de Latinoamérica, a los criollos latinoamericanos –descendientes de españoles y portugueses– con la brocha de la leyenda negra. Este prejuicio ha disminuido grandemente en este siglo, pero todavía es demasiado fuerte y penetrante. Vestigios de este prejuicio se muestran implícitamente en todos los estudios incluidos en este informe: la eliminación de la leyenda y de sus electos en nuestra interpretación de la vida de Latinoamérica constituye uno de nuestros mayores problemas educacionales y escolares, así como políticos.

[...]

29 En Powell, *Tree of Hate...*, p. 133-134.

Punto 8. A causa de la asunción de la leyenda negra y de los prejuicios culturales y raciales, y juicios irreflexivos, se muestra evidente en nuestros materiales de enseñanza una especie de kiplignesca condescendencia hacia los pueblos y estados latinoamericanos.

El informe, al examinar los textos escolares empleados para enseñar la historia de los Estados Unidos, expresa:

Tal y como están ahora, mucha gente, en los Estados Unidos tiene la impresión, a través de los medios de información como la radio, el cine, la prensa, la literatura novelesca, la música, los relatos de viajes carentes de crítica y cosas semejantes, de que la mayor parte de los latinoamericanos son perezosos, incapaces de gobernarse por sí mismos, y sus países son ricos pero se encuentran como en barbecho en espera de cultivo por el emprendedor y superior pueblo de los Estados Unidos. Más de un texto de historia de los Estados Unidos ha contribuido a estos conceptos.³⁰

Transmisores de estos mitos fueron y siguen siendo aún hoy muchos novelistas norteamericanos de cierta talla e inclusive las novelitas románticas, amarillistas, como las publicadas en vísperas de la guerra del 47, de autores mediocres pero de gran popularidad entre la masa del pueblo. Hay incluso vates y algunos hasta de cierta fama como el poeta de la Revolución, Philip Frenau (1752-1832), que en su poema “La plegaria naciente de América” (1786) presenta a un héroe, Colón, y dos villanos sedientos de oro, Cortés y Pizarro. También hay que considerar un gran número de viajeros anglosajones por Hispanoamérica a partir de la independencia, cuyos libros en su mayor parte negativos fueron como echar gasolina en la hoguera del desprestigio hispánico. Entre los historiadores norteamericanos que contribuyeron a fortalecer la leyenda antiespañola encontramos cuatro, que fueron los más representativos y famosos y que también fueron en su tiempo los más leídos y, por ende, los perfeccionadores y transmisores de la mitomanía hispanófoba: John Lathrop Motley, con sus dos obras, *The Rise of the Dutch Republic. A History* y *History of the United Netherlands*, se muestra claramente hispanófobo

³⁰ *Ibidem*, p. 135.

al poder caer con toda su alma sobre el duque de Alba y Felipe II. El rey es un malvado y el duque su sanguinario agente. Como hemos escrito hace ya tiempo, “frente a estos antihéroes tétricos y diabólicos, se yergue la figura amplia y heroica de Guillermo de Orange, *El Taciturno*, paladín de la libertad y amante de su pueblo. El catolicismo es la fe propia de los esclavos y fanáticos, en tanto que el protestantismo representa la fe de los hombres libres. La rebelión de los holandeses es considerada una guerra santa; lucha por la libertad; el conflicto entre el bien y el mal, entre la luz y las tinieblas”.³¹ Motley fue muy leído y lectura obligada en Highschool y Colleges. La afición extremada que por la historia poseyó Teodoro Roosevelt tuvo que ver mucho con Motley, así como con Francis Parkman, George Brancroft y William H. Prescott. Todos eran protestantes, pero los dos primeros anticatólicos y antiespañoles a machamartillo. Creían a pie juntillas en la superioridad nórdica sobre los latinos e imaginaron el “tipo teutónico”³² representativo del héroe septentrional dominador del villano austral (español o hispanoamericano). Estos historiadores dominaron la escena histórica norteamericana durante medio siglo y escribieron sus historias en el espíritu de la leyenda negra; en cierto modo fueron los responsables de la arrogancia y el desprecio rooseveltiano por los latinoamericanos en el caso de Panamá, que tomó (*I took*) pese a la oposición de los “bandidos de Bogotá” (1903) o de los españoles en 1898.³³ Convenido de la superioridad moral, física y material de Norteamérica, se dio Roosevelt a ejercerla sobre Hispanoamérica y en el mensaje al Congreso de 1904 expuso que “la adhesión de los Estados Unidos a la Doctrina Monroe podría forzar a los Estados Unidos, no sin repugnancia, a ejercer un poder internacional policiaco en los casos flagrantes de injusticia o de impotencia”, lo cual fue calificado como el “Corolario Roosevelt” de la Doctrina Monroe.

Resulta más que ilustrativo el hecho de que en momentos cruciales en que el mundo anglosajón y el hispánico se han cruzado históricamente, la vieja propaganda antihispánica fundamentada en el padre Las Casas (*la*

31 En nuestro “Prólogo” a William H. Prescott, *Historia de la Conquista de México, con un bosquejo preliminar de la civilización de los antiguos mexicanos y la vida del conquistador Hernando Cortés*, traducción de José María González de la Vega, prólogo, notas y apéndices de Juan A. Ortega y Medina, México, Porrúa, 1970 (“Sepan cuantos...”, 150), p. LII.

32 Powell, *Tree of Hate...*, p. 118.

33 *Ibidem*, p. 141.

Brevísima) hace acto de presencia y echa a andar de nuevo. Como escribe Lewis Hanke,

la última traducción, o más bien publicación basada en Las Casas, porque los traductores no fueron más fieles al texto original que lo son algunos de nuestros propagandistas de hoy, apareció en Nueva York en 1898 [bajo este horrorífico título]: “*Un histórico y fiel relato de la cruel masacre y matanza de 20 000 000 de gentes en las Indias Occidentales por los españoles*”. Esto fue maquinado para incitar a los americanos contra los españoles en Cuba [...]. Esta última conocida versión en inglés tenía una sutil insinuación propagandista que ningún previo editor nunca pensó. Aunque cierto número de las famosas y horribles ilustraciones [de De Bry] fueron reproducidas, una página del libro fue dejada en blanco puesto que, explicaba el editor, la ilustración originalmente planeada para dicha página resultaba sencillamente demasiado espantosa para ser incluida.³⁴

La propaganda legendariamente ennegrecida sigue y es de temer que siga todavía ejerciendo sus funciones y alimentando el mito de la inferioridad latinoamericana. La diplomacia estadounidense de nuestros días no tuvo empacho en mostrar nuevamente el añejo desplante y, violando acuerdos internacionales, accedió a la ayuda que la vieja Madre Patria inglesa le pedía en el caso de las Malvinas. Hace unos cuantos días la señora Thatcher devolvió el cumplido al reconocer y respaldar el derecho de Estados Unidos, en concordancia con el resucitado ejercicio internacional policiaco alegado por Roosevelt (el as del garrote) a vigilar o intervenir en Centroamérica. Como puede verse, el nórdico complejo de superioridad que aqueja al presidente de Estados Unidos y a la primera ministra del gobierno inglés sigue conduciéndose con descarada arrogancia. Empero no estaría de más, y con ello finalizamos nuestra lectura, traer ahora a cuento lo que para nuestro propósito declaró hace ya tiempo Salvador de Madariaga: “El mito nórdico se debió en no pequeña parte al hecho de que los mapas se cuelgan con el norte arriba y el sur abajo”.

³⁴ *Ibidem*, p. 122.